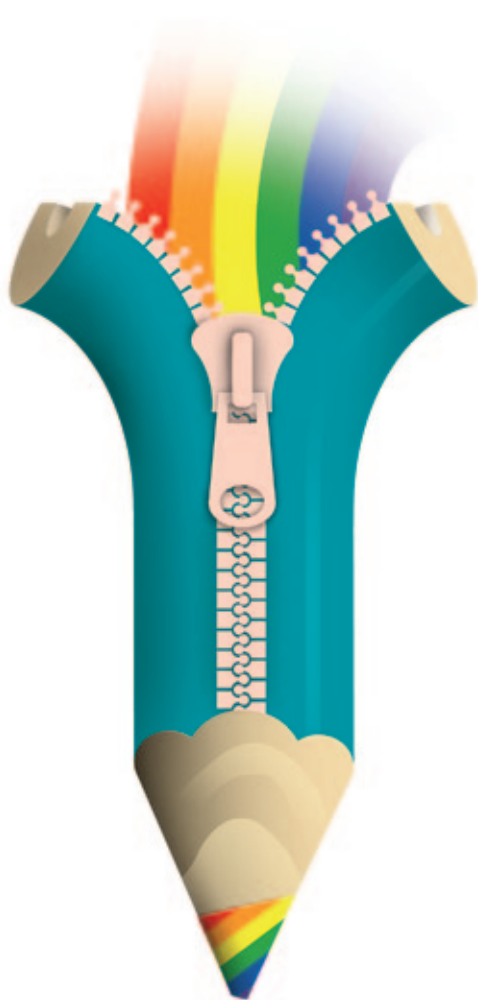


ESTAR EN LA ESCUELA



PEDAGOGÍA E INTERIORIDAD

Helena Esteve
Ruth Galve
Lluís Ylla



EDUCAR

Diseño: Estudio SM

Título original: *Ser a l'escola. Una pedagogia per descobrir la interioritat*

Traducción de María del Carmen Ruiz García

© 2013, Pagès editors, S.L., Lérida

© 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.es

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

El viaje más largo es el viaje hacia el propio interior.

DAG HAMMARSKJÖLD, *Marcas en el camino*

*A nuestros compañeros
y a nuestros alumnos,
maestros todos.*

ABRIR LA VENTANA QUE TODOS DABAN POR CERRADA

ANTONI PUIGVERD

Mircea Eliade distinguía entre dos experiencias humanas básicas: la de lo sagrado y la de lo profano. La vivencia de lo sagrado, decía, responde a la conciencia de los límites de la vida humana, a la conciencia de la muerte y de la condición efímera que, en los tiempos antiguos, cada individuo tenía de la propia existencia. La sacralidad daba sentido a los miedos y las esperanzas de los humanos, daba sentido al desorden caótico de la vida. La diferencia entre lo sagrado y lo profano tiene que ver no solamente con el significado objetivo de la actividad que se practica, sino también con una percepción íntima y profunda. No es lo mismo canturrear bajo la ducha que entonar un salmo en compañía de otros. Hay lugares, momentos o situaciones en los que, hasta los más descreídos y racionalistas, captan una reverberación interior, el eco de aquello que antes se llamaba espiritualidad, que ahora llamamos vida interior, conciencia metafísica o poesía.

Hay gestos que se hacen por rutina. Actividades mecánicas, anodinas, cotidianas. Pero hay gestos que solo se hacen buscando el sentido. Con ayuda de rituales. Antes eran necesarios espacios arquitectónicos especiales o singulares para desarrollar estos rituales, pero los autores del libro que tenemos en las manos sostienen que el espacio de la escuela puede ser muy útil para recuperar el sentido de lo sagrado.

Por lo general, la escuela es un lugar donde se adquieren aprendizajes instrumentales muy específicos y, aunque el aprendizaje escolar requiere silencio, normalmente la escuela es un espacio ruidoso, lleno de testosterona. Los niños y jóvenes que forman parte de ella están muy presionados no solo por la biología, sino también por las amistades, los grupos o las tribus; están extremadamente condicionados por la publicidad, las modas y las tecnologías digitales. Por otra parte, sabemos que todo aquello que la cultura del consumo menosprecia lo debe promover la escuela o el instituto: el aprendizaje paciente y gratuito, sin premio; el gusto por la lectura y las humanidades, que exigen un gran esfuerzo antes de producir placer; la pasión por el conocimiento numérico, abstracto o lingüístico, que son arduos y exigen disciplina; la satisfacción de la dificultad vencida. Muchas veces, la escuela fracasa porque no sabe cómo plantar cara al mundo de hoy, no sabe cómo enfrentarse a él. A menudo los profesores y los maestros fracasan en el intento de impartir los conocimientos instrumentales que tienen la obligación de transmitir. Pues bien, los autores de este libro nos proponen un trabajo previo: educar la independencia personal, enseñar a los niños y jóvenes a tener personalidad propia. Una personalidad propia que solo será posible mediante la autoconsciencia interior.

La propuesta que se nos hace contrasta fuertemente con las inercias de nuestro tiempo. En efecto, en los últimos años, tanto los poderes políticos como los económicos han competido por hacer cosas. Cosas y más cosas: diseñar trenes y autopistas, alzar edificios públicos de gran impacto. Se han construido más escuelas que nunca (a pesar de que el fracaso escolar es mayor que nunca). Pero fijémonos en la arquitectura simbólica de nuestro tiempo:

busca crear una nueva sacralidad con ideales opuestos a la antigua. Los templos de la vieja sacralidad teológica se alzaban apelando al pasado, a la mitología arcaica, a la cadena del tiempo (por eso, hasta el siglo xx, las iglesias se inspiraron en los estilos medievales o clásicos). Las arquitecturas sagradas de hoy, en cambio, apelan al mito del futuro: los museos colosales y relucientes al estilo del Guggenheim, los rascacielos esteticistas como la torre Agbar de Barcelona o las barrocas arquitecturas valencianas de Calatrava pretendían inventar una sacralidad futurista. Han llegado tarde.

La sacralidad de los antiguos es hija de la consciencia de la fragilidad humana, hemos visto que decía Eliade. En cambio, la nueva sacralidad de la arquitectura contemporánea es la expresión del optimismo en el progreso humano, que ha cristalizado en obra hecha. Mucha obra hecha. Mientras tanto, la humanidad ha ido menospreciando todo aquello que no podía reducirse a bien material. Con aquel optimismo hemos desembocado en la profunda depresión actual. Simplificando mucho, hablamos de «crisis de valores». De hecho, tendríamos que hablar de «naufragio», de pérdida total de la conciencia. La humanidad se ha dejado en manos de la ciencia y la tecnología, convencida de estar avanzando por el camino de la libertad y la inmortalidad. Y el hecho es que, sobre todo en Cataluña (con el índice de creyentes más bajo de Europa y, por tanto, del mundo), estamos ciertamente libres de Dios. Pero no libres del miedo. El optimismo de los enterradores de Dios ha virado, en los últimos años, hacia un pesimismo catastrofista. Los periódicos cada día llegan llenos de miedo de toda clase. Hay pánico al cambio climático, a las pandemias, al estruendo bursátil, a los choques de civilizaciones, al colapso económico: al gran terremoto de la historia. La humanidad presente se siente

tan insegura que se vuelve histórica. Alzados para sacralizar el futuro, los nuevos templos arquitectónicos han nacido, por tanto, vacíos de sentido. Destilan un optimismo colosal, pero aparecen en un momento de gran desconfianza. Ahora que, en un impreciso deseo espiritual, muchos vuelven a mirar hacia atrás, buscando consuelos y las sacralidades perdidas, las nuevas arquitecturas proclaman el triunfo del vacío.

Este libro no responde ni al tremendismo que impregna el presente histórico ni a la nostalgia de un mundo antiguo. Es una aproximación –tan inteligente y profunda como sintética– al mundo interior. Es a la vez una síntesis del resurgir de las expectativas del espacio interior como una propuesta pedagógica para introducir la dimensión interior en la escuela y en los institutos, como un mecanismo de maduración personal e intelectual de los alumnos.

Aquí se exploran todas las acepciones y vías para abrir y abrirse al espacio interior. Se habla de la apelación al conocimiento de uno mismo, de las acciones y conocimientos no tangibles (sentir y disfrutar de las cosas internamente), de abrir vías al conocimiento sapiencial, tan diferente del científico-técnico, «donde saber y (de)gustar son muy cercanos». Propone la creación de espacios para el silencio («donde uno se pone delante de uno mismo sin defensas»), imprescindibles tanto para la armonización del individuo con el entorno como para establecer puentes de diálogo con los otros. Explica que la interioridad no es solo el ámbito de las emociones subjetivas, sino también el espacio para desarrollar vivencias que son imprescindibles para reconocer experiencias de profundidad, sin las cuales el proceso de aprendizaje escolar (y, por extensión, la existencia personal) es mutilado: admiración, sorpresa, agradecimiento, recuerdo, memoria...

Es necesario ir con mucho cuidado y no confundir las cosas que se dicen en este libro con la moda de espiritualidad que propagan los vendedores de pastillas de profundidad: desde Paulo Coelho al último profeta de la autoayuda. No hay que olvidar que la ejemplaridad social de un escritor o de una persona espiritual (el Dalai Lama, por poner el caso más célebre) depende únicamente de la capacidad de simplificar su discurso a fin de convertirlo en objeto de consumo, en receta para los ávidos consumidores desnortados que buscan una respuesta sencilla a la insatisfacción y el vacío de nuestro tiempo.

No, este libro no tiene nada que ver con las vaguedades de la interioridad *new age*. El libro es, por una parte, un ensayo sobre la espiritualidad y, por otra, una propuesta pedagógica integral. Sus autores demuestran que es posible construir un espacio de interioridad auténtico, propio, cultivado con paciencia de jardinero. Antes de leer el libro yo había escrito que, hoy en día, hay que tener una energía descomunal para construirse un espacio interior: hay que ir muy a contracorriente. Es necesario ser un Hércules del espíritu –había escrito– para aislarse del entorno, para buscar silencio allí donde solo hay palabrería, para cultivar el interior allí donde el peso del exterior es tan asfixiante. Pero este libro me ha demostrado que no hay que ser un héroe para ir cultivando el huertito interior, que se puede aprender y practicar diariamente en clase.

Una característica del presente es que el entorno social tiene una capacidad de penetración inefable. Es casi imposible huir, salvo que, ciertamente, uno decida encerrarse en un monasterio. Es casi imposible impermeabilizarse contra la presión exterior, porque, aunque se prescindiera de la radio, la televisión e Internet, solo con salir a la calle miles de mensajes asaltan la propia intimidad. Es imposible ser anacoreta,

porque ya no hay espacios libres de la colonización de las masas. Las montañas más altas e inaccesibles están rodeadas de vertederos de basura, de guías turísticos y de *sherpas* que te ayudan a llevar todos los objetos y las provisiones que son necesarias para instalarse en las alturas heladas, no a la búsqueda del silencio o de la comunión con la naturaleza, sino a la conquista de una nueva experiencia de poder: del poder de conquistar el mundo.

Este libro que tenéis en las manos cambia la perspectiva. Demuestra que es posible educar la búsqueda de la interioridad en los pasillos llenos de ruidos y testosterona de un instituto. La búsqueda de la interioridad no es una empresa hercúlea, sino un camino que se puede hacer si los educadores y enseñantes se lo proponen. No como una técnica de autoayuda, no como un sucedáneo o complemento especializado de una asignatura religiosa, sino como una visión global, personal, de la educación. Es este un libro que, desde la perspectiva de la interioridad, contribuye a acabar de elaborar el diagnóstico sobre la crisis de la educación. Felizmente, los autores no se quedan solo en el diagnóstico. Con técnicas y propuestas precisas, sin demagogia ni palabrería, los autores de este libro, pedagogos hasta la médula, proponen empezar por dentro, por el espacio interior, la reforma didáctica que la escuela de hoy necesita. Empezarla desde dentro, no desde fuera. La crisis de la educación no es solo un problema de falta de edificios, de profesores o de presupuestos, como se suele decir, es una cuestión de perspectiva. Si convertir a los alumnos que vienen del mundo del ruido en amantes de la cultura, la ciencia y las bellas artes es cada vez más difícil, ¿por qué la escuela no intenta primero favorecer que tengan la experiencia del silencio? Del silencio entendido como primer paso del reconocimiento de la personalidad propia.

Convertir la atención a la interioridad en un aspecto capital del trabajo pedagógico es la propuesta de este libro. Una propuesta, más que innovadora, revolucionaria. Hacer entrar aire nuevo en la escuela por la ventana interior, la que ya todo el mundo daba definitivamente por cerrada.

PREÁMBULO

Periódicamente, nuevas palabras se abren paso entre los miles de palabras que escuchamos a nuestro alrededor. No las habíamos oído nunca y al cabo de un tiempo se utilizan en situaciones diversas, con significaciones genéricas, pero nos sugieren alguna cosa intuitiva, común a todos. Después se harán debates semánticos, y diferentes personas o grupos abanderados cuestionarán su utilidad. Al mismo tiempo, posiblemente existirá un uso excesivo o inapropiado de ellas, como otro neologismo de moda. Este es el caso de la palabra «interioridad».

Interioridad, mundo interior, referido a las personas –porque podríamos referirnos a la arquitectura, la ecología o la economía– nos sugiere aquello que hay dentro de nosotros, aquello que nos pasa por dentro. Sin precisar con otra palabra más específica como «emoción», «sentimiento», «intuición», «reflexión», «recuerdo», «fantasía»... nos sugiere un espacio bien delimitado por nuestro cuerpo.

¿Qué necesidad, qué coincidencia de intereses tenemos para requerir esta palabra y, más todavía, pretender aplicarla en el terreno de la pedagogía?

Pensamos en la interioridad en la escuela porque nos interesa aquello que pasa por dentro de los alumnos, aquello que viven y que en la escuela tiene mucho que ver con su desarrollo y con el aprendizaje. Constatamos cómo determinadas prácticas que tienen en cuenta aquello que nos pasa o nos afecta por dentro ayudan a centrar la atención, reducir las tensiones, mejorar las interrelaciones. Constatamos

también cómo determinadas maneras de actuar que tienen en cuenta nuestros dinamismos internos nos permiten ir más a fondo, plantearnos con mayor amplitud la vida, a crecer más como personas.

La sensibilidad interior; la disposición para escuchar, para aprender; la capacidad de mantener la atención, el esfuerzo, el interés en aquello que se lleva a cabo en el aula; la capacidad de admiración, de sorpresa, o la actitud de escuchar al otro; la necesidad de ayudar a estructurar el crecimiento emocional de los jóvenes, acaparados por requerimientos y presiones de muchos tipos; la mejora de las relaciones entre compañeros gracias a una mayor capacidad de escucha y una atención más cuidada por la relación; la amplitud de pensamiento con la que se enfrentan a la vida como proyecto... todas estas cosas son las que tenemos presentes cuando nos ponemos a pensar en una pedagogía de la dimensión interior en la escuela.

Pronto esta búsqueda nos aparece como pretenciosa y compleja. Pretenciosa porque el papel de la escuela queda limitado o contrariado por otras dimensiones y fuerzas sociales, a la vez que lo es también en su día a día, por numerosas circunstancias, como los requisitos académicos, el tiempo que los alumnos están en la escuela y las numerosas y múltiples tareas de los docentes. Compleja porque participan en ella muchos elementos particulares de cada persona (carácter, experiencia, convicciones, creencias, sentimientos) y muchos actores además de la escuela: la familia, el entorno, la cultura, las relaciones humanas, todos ellos formando parte del proceso de configuración de una persona.

Sin embargo, la sentimos necesaria. En una sociedad «líquida», caracterizada por la inmediatez, la hiperinformación, la hiperestimulación y el cambio constante, tenemos la necesidad de proteger con determinación el espacio interior.

Ante las características anteriores creemos que nos debemos plantear detenernos frente al cambio, crear un espacio para acoger aquello que nos pasa y aquello que nos traspasa, profundizar en el espacio que se ha abierto (la interioridad tiene muchas capas y es necesaria una profundidad en la personalización) y salir del automatismo de la acción-reacción.

Debemos pensar en desarrollar habilidades, maneras de hacer las cosas que nos ayuden a pararnos, para crear un espacio para sentir y considerar más a fondo lo que vivimos y adquirir mayor libertad interior.

Ejercitar, hacer crecer la dimensión interior es ejercitar, hacer crecer aquello de la condición humana que da profundidad a lo que hacemos y a cómo estamos en la vida. Parece adecuado hablar de una pedagogía de la interioridad. Pero también podríamos hablar de pedagogía de la profundidad, pedagogía de la sabiduría, pedagogía de la (auto)conciencia, etc. Sin embargo, creemos que el sustantivo «interioridad» o sus perifrásticos, dimensión interior, mundo interior, nos proporcionan un alcance mayor.

La escuela, por el hecho de educar, siempre se ha ocupado de la dimensión interior de los alumnos. Pero hoy tiene una misión particular en la protección de este espacio. En el contexto actual hay que tomar más conciencia y actuar de manera más explícita. Hay que hacer de ello un proyecto de escuela, hay que poner intencionalidad educativa. Cuando hablamos de proyecto de escuela pensamos evidentemente en los alumnos, pero también en los educadores y en la escuela como conjunto, con sus familias.

En estas reflexiones que siguen pretendemos, en primer lugar, justificar esta palabra, plantear una hipótesis sobre su origen y su necesidad, y ofrecer la oportunidad de contemplarla en el discurso pedagógico. En un segundo lugar

ensayamos una definición que nos permita tenerla en cuenta en el trabajo educativo.

Posteriormente proponemos un marco para una pedagogía de la interioridad y apuntamos concreciones. Queda para nuevos desarrollos elaborar propuestas pedagógicas y didácticas que encajen en los marcos curriculares y en los proyectos propios de los centros educativos.

Tenemos el convencimiento de que hay que dar una respuesta creativa y no únicamente reactiva. Para esta creatividad nos puede ayudar tener en cuenta cuatro dimensiones siempre presentes en la escuela: la de los ámbitos (silencio, corporalidad, palabra, arte, ciencia...), la de las materias y los momentos (donde hay tiempos ordinarios y tiempos extraordinarios), la de las metodologías (pedagogías y didácticas) y la de las dimensiones de la persona y facultades humanas (cuerpo, pensamiento, emoción, recuerdo, fantasía, sensibilidad...).

Cada educador es –y puede serlo más– maestro de la interioridad desde su lugar, desde su materia, también cada uno desde su estilo, su sensibilidad, partiendo de las experiencias, con sencillez, bien integrado en el centro para que devenga una manera de hacer y de ser.

Creemos que la escuela es uno de los lugares donde hablar de interioridad y dimensión interior tiene pleno sentido. Pero no es el único. También habría que plantear las posibilidades de tratar la interioridad en otros entornos, como el de las relaciones sociales, los centros de salud y atención a las personas, la acción social o los religiosos...

Finalmente, cada uno debe hacer su propio camino en el espacio interior. La dimensión interior no tiene propietarios externos ni expertos «interioristas». Hay personas que se adentran más y pueden hablar con más propiedad de lo que han descubierto y animar a otras a recorrer y habitar sus espacios interiores.

Este texto nació a raíz de conversaciones informales de las tres personas que lo firman, fuera de todo objetivo editorial y sin ningún propósito inmediato. El compromiso con la educación, que compartimos, se mezclaba con la admiración por el arte, el reconocimiento de la destreza con la que Shakespeare exploraba con gran belleza las profundidades humanas o la constatación de la pulsión de vida que encontramos tantas veces en los chicos y chicas que entran y salen de las aulas. Compartíamos la creencia en la importancia del cuidado del mundo interior en la escuela. Pero, ¿cómo avanzar hacia una pedagogía que la tuviese más en cuenta? Empezar a adentrarse en el mundo interior con la mirada puesta en la escuela ha sido una aventura inspirada, ayudada e interpelada por muchas personas.

Antes de empezar, Ana Gimeno nos invitó a mirarlo con amplitud; Ramon Maria Nogués nos aportó una visión sabia; Xavier Melloni enfatizó la urgencia que corría; Eva Bach aportó la calidez de las emociones; Luis López, Berta Menezes, Josep Otón y Eugenia de Pagès nos animaron, con los pies en el aula, mostrando que realmente «funcionaba» en la escuela; Amador Vega nos sugirió la transversalidad y la autonomía antropológica de la interioridad; Enrique Cartula nos retó a hacer del cuidado de la interioridad una propuesta pedagógicamente razonable; María Ángeles Ciprés aportó su insistencia en la formación de los educadores para este propósito.

Agradecemos también el empuje de las personas que nos han animado y ayudado a poner por escrito y publicar lo que hasta entonces eran borradores de trabajo: Luis López, Francesc Riera, Francesc Torralba, Enric Masllorrens y Esteve Miralles. Y de una manera especial agradecemos a la Fundación Joan Profitós y a su presidente, Joan Vila, el reconocimiento que hicieron de este trabajo con la Menció

Honorífica del Premio Joan Profitós de Ensayo pedagógico 2011.

Un seminario sobre pedagogía e interioridad organizado por las escuelas jesuitas de Cataluña (Jesuïtes Educació) el año 2008 fue la ocasión y la invitación para ordenar los detalles de las conversaciones que habíamos mantenido.

A todas las personas anteriores y a aquellas con las que compartimos esta reflexión, nuestro agradecimiento de todo corazón.

LA NEBULOSA DE LA INTERIORIDAD

EL INTERÉS POR EL MUNDO INTERIOR,
¿UNA NUEVA MODA O UNA NECESIDAD?

La modernidad, especialmente desde el Romanticismo, no ha dejado de buscar en las dimensiones de la subjetividad humana, del sentimiento, de la emoción. La aparición de la psicología como disciplina y el protagonismo que fue cobrando la antropología en todas sus ramas durante el siglo pasado han contribuido mucho a hacer patentes en nuestra cultura aspectos de la persona que durante siglos habían quedado más circunscritos al ámbito de la religión, la espiritualidad, la filosofía o el arte.

La filosofía, la antropología y la psicología

La especie humana puede ser designada como animal *quaerens* con el mismo derecho, al menos, que como animal *rationale*.

R. B. TORRANCE

Si alguien se pregunta por las raíces y la fundamentación cercana a esto que estamos denominando *mundo interior*, se encontrará pronto con la gran tradición bíblica del corazón confluyendo con la tradición sapiencial de la Grecia clásica¹.

¹ S. HAND, «Working out interiority: locations and locutions of ipseity», en *Literature & Theology* 17/4 (diciembre 2003), pp. 422-434; G. AUBRY / F. ILDEFONSE (eds.), *Le moi et l'intériorité*. París, Vrin, 2008.

Sócrates fue el primer gran maestro que nos enseñó a preguntarnos y responder desde dentro, sintió como una misión vivir «filosofando e investigándome a mí mismo y a los otros» (Platón, *Apología de Sócrates* 28e) y se convirtió en maestro de la mayéutica, que pregunta para ir al fondo del saber y de la experiencia y así ayudar a que la verdad surja (*maieutiké* es el término griego que designa el arte de la comadrona, quien ayuda a nacer).

Ambas tradiciones, la bíblica y la de la Grecia clásica, concurren y se recrean en el mundo latino, que se nutrirá de una u otra o de las dos a la vez, y que generará los Padres latinos de la interioridad occidental: Marco Aurelio, Virgilio, Ovidio, Horacio, Tácito, Cicerón, Séneca, Plotino. A estos primeros tenemos que añadir los cristianos Ambrosio, Agustín de Hipona, Casiano, Benito... Todos ellos han sido unos gigantes de la tradición humanista y espiritual sobre la que se ha construido la tradición latina occidental de Europa. Ellos establecieron los pilares filosóficos, antropológicos y estéticos desde donde nos han influido en esta dimensión de la persona a la que aquí nos referimos.

Por lo que se refiere a la dimensión interior explicitada como tal, es justo pararse brevemente en las grandes corrientes de sabiduría del mundo griego y romano y en dos contemporáneos, Juan Casiano (360-435) y Agustín de Hipona (354-430). De Sócrates, Platón y Aristóteles a Séneca y Marco Aurelio (estoicismo) o al epicureísmo, la búsqueda de la sabiduría o del bien los lleva a entender la filosofía más como una forma de vida conforme a la razón, como una sabiduría experimentada, que como una forma de conocimiento². Esta sabiduría configuraba actitudes morales

² P. HADOT, *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Madrid, Siruela, 2006, pp. 235ss.

y exigía determinadas prácticas de conocimiento de sí mismo y de autocontrol.

Juan Casiano y Agustín llevarán más a fondo el ejercicio de la introspección. El primero³, a partir de su experiencia con los monjes de Palestina y Egipto, donde conoce a Evagrio Póntico, que le influirá poderosamente, se convierte en uno de los grandes «psicólogos del desierto». Sin buscarlo como un fin, sino como auxiliar de la «discreción de espíritus» con objetivo religioso, cultivó una psicología espiritual y hasta un psicoanálisis que se adentra con una precisión admirable en el mundo interior. En obras como *Las colaciones* (o *Conferencias*) entra «con interés minucioso en el estudio y la disección del misterioso corazón humano»⁴. Casiano será precursor de la aportación que posteriormente Benito de Nursia y los benedictinos desarrollarán. Al abrigo de los monasterios benedictinos y posteriormente también de los cistercienses, la sabiduría interior griega, bíblica y latina atravesará toda la Edad Media y llegará al Renacimiento.

Agustín de Hipona será una de las figuras más importantes de la filosofía latina y cristiana, persona en quien confluyen una gran inteligencia, una gran energía y un conocimiento profundo de la cultura latina, la griega y la bíblico-cristiana. Su influencia se hará presente en toda la historia de la filosofía y la espiritualidad cristiana. Con *Confesiones* escribe una de las grandes obras de interioridad en la tradición latina, «el primer libro moderno», recordará Mircea Eliade. Este libro es el primer gran espécimen del género autobiográfico, innovador en la literatura de la época.

³ JUAN CASIANO, *Colaciones*. Madrid, Rialp, 1958, 1962. Obra agotada. Se puede encontrar edición en francés en Cerf, dentro de la colección «Sources Chrétiennes».

⁴ G. COLOMBÁS, *El monacato primitivo* II. Madrid, La Editorial Católica, 1975, pp. 259-260.

Se trata de un escrito en el que Agustín hace un ejercicio vigoroso de introspección personal y de confrontación vivencial con el misterio de la vida, con un intenso tono emocional, que influyó mucho en escritores de los siglos posteriores. Su principal característica es su subjetividad en la contemplación de la vida en contraste con la objetividad de la literatura anterior de Grecia y Roma. El estilo autobiográfico de *Confesiones* es seguido por muchos en la Europa latina, y de esta manera la subjetividad se convierte en un rasgo fundamental del hombre moderno⁵. Sin embargo, no será hasta muchos siglos después cuando este género literario sea más frecuente.

Esta tradición del mundo interior recorrerá toda la historia de Occidente durante siglos y, pasando por corrientes místicas de la Edad Media y el Renacimiento, con la revitalización que provocan la Reforma y la Contrarreforma, llegará hasta bien entrada la Edad Moderna. Más recientemente, en una búsqueda sobre el mundo interior deberíamos pararnos –entre otros filósofos– en Kant, Hegel y Kierkegaard. No obstante, la filosofía, que siempre es «una filosofía del espíritu» (José Ferrater), no ha considerado hasta recientemente esta categoría –interioridad– de manera explícita. Más bien se ha hablado, como categoría filosófica, de *espíritu* y hasta de *trascendencia del espíritu*, sin asociar estos conceptos a ninguna afirmación de orden religioso. A partir de los años veinte del siglo pasado empezamos a encontrar el uso de este nuevo concepto en autores como Georges Bataille, Emmanuel Mounier, María Zambrano, P. Teilhard de Chardin o, más adelante, en las interpelaciones sorprendentes de Michel Foucault.

⁵ G. MISCH, *A History of Autobiography in Antiquity*. Londres, Routledge and Kegan Paul, 1950, p. 17.

Desde mediados del siglo XIX se experimentó un interés creciente por la persona, la personalidad, la condición humana individual y social. La antropología obtiene su autonomía en relación con la filosofía y accede a un estatus propio. Ya en el siglo XX se produce un gran desarrollo de las diversas ramas: antropología filosófica (Max Scheler, Maurice Merleau-Ponty, Jaques Derrida, Paul Ricoeur, Martin Buber), antropología cultural (Claude Lévi-Strauss), antropología social (Bronislaw Malinowski)... Un desarrollo con numerosas influencias e interacciones con diversas ramas de la psicología y la etnología. Con mayor o menor intensidad, estas diferentes especializaciones se preguntan por la estructura de la persona, por lo que hay dentro de la persona, por lo que la caracteriza y la singulariza como especie⁶.

Buscando un ámbito propio entre el saber racional, la filosofía y la fisiología médica, la psicología –ciencia de la *psyché*, del alma– abre un espacio para indagar en aquello que pasa «por dentro» de las personas. A partir de Freud, y posteriormente con autores como Abraham Maslow, Carl G. Jung, Viktor Frankl, Carl Rogers, entre otros, se populariza hablar de subjetividad, de inconsciente y, más recientemente, de emociones, introspección, sentimientos o inteligencia emocional (Daniel Goleman) e intrapersonal (Howard Gardner). También merece atención la psicología transpersonal (Ken Wilber), que abre la persona a la espiritualidad al margen de las creencias tradicionales. Desde la mayoría

⁶ Escribía el filósofo fenomenólogo alemán Max Scheler en 1928: «Puedo afirmar con satisfacción que los problemas de la antropología se han convertido hoy en día en Alemania en el verdadero centro de todos los estudios filosóficos y que, fuera de los círculos de los filósofos, los biólogos, físicos, psicólogos y sociólogos también están esforzándose por constituir un nuevo punto de vista de la estructura esencial del hombre», en *El puesto del hombre en el cosmos*. Barcelona, Alba, 2000, prólogo.

de corrientes psicológicas actuales podemos fundamentar la necesidad de cuidar las dimensiones interiores de la persona. Es posible que solo desde determinadas lecturas del conductismo se pueda afirmar la falta de interés por la subjetividad y la interioridad.

Las disciplinas anteriores, además de otras como la fisiología, la neurociencia y la sociología, nos ponen delante un ser humano complejo, que intentan comprender sin agotar ninguno de los diferentes acercamientos.

Del escenario anterior deducimos fundamentaciones calificadas para hablar de la interioridad de una manera intelectualmente responsable. Aun así, un estudio más profundo de la fundamentación psicológica, antropológica y filosófica del mundo interior o la interioridad y su relación con la espiritualidad sigue siendo una necesidad.

Religiones y espiritualidades

Desde las religiones siempre se ha cuidado en mayor o menor grado lo que pasa dentro de las personas. Las religiones –simplificando en una mirada conjunta, las mayores tradiciones religiosas– plantean a sus fieles una serie de cosmovisiones o maneras de interpretar la vida (elementos doctrinales); también pretenden influir en el comportamiento de las personas (elementos morales) y ofrecen prácticas que quieren ser significativas en el ámbito de las vivencias (elementos rituales). Sin embargo, la religión no se conforma con los elementos externos, la práctica o el comportamiento ético, sino que pretende ocuparse de aquello que pasa por dentro de la persona, el espacio de donde salen las decisiones, allí donde se dan las vivencias, allí donde la persona se encuentra consigo misma y se abre hacia alguna cosa que la trascienda.

ÍNDICE

ABRIR LA VENTANA QUE TODOS DABAN POR CERRADA, Antoni Puigverd	7
PREÁMBULO	15
1. LA NEBULOSA DE LA INTERIORIDAD. EL INTERÉS POR EL MUNDO INTERIOR, ¿UNA NUEVA MODA O UNA NECESIDAD?	21
La filosofía, la antropología y la psicología	21
Religiones y espiritualidades	26
El arte	27
La ciencia	29
La nebulosa semántica de un neologismo	31
El concepto de interioridad: un consenso provisional	33
Una necesidad. El mundo de hoy	37
2. LOS NIÑOS Y LOS JÓVENES ANTE EL MUNDO INTERIOR. NIÑOS Y JÓVENES HOY	40
Una sociedad en cambio	42
Educadores y educandos en cambio	44
Del silencio y el <i>tempo</i> necesarios para hacer el viaje interior	48
3. LA INTERIORIDAD EN LA ESCUELA	52
Materias y momentos, metodologías y ámbitos ..	54
Dimensiones de la persona o facultades humanas	56
Atención	59

Memoria	60
Voluntad	61
Emoción y sentimientos	62
Intuición	64
Dimensión espiritual y existencial	64
Inteligencia y pensamiento	65
Inteligencias múltiples	67
¿Inteligencia espiritual?	70
Cuidado de la interioridad en la escuela y estructura de la persona	78
4. APUNTES PARA UNA PEDAGOGÍA DE LA INTERIORIDAD .	80
Momentos ordinarios	81
Momentos extraordinarios	83
¿Espacios de silencio en las escuelas?	85
Hacer un proyecto de ello	85
Aprendizajes y búsquedas	88
Cuidado del mundo interior en escuelas con proyectos propios	88
Maestros y maestros de siempre	90
Los educadores	92
5. LA INTERIORIDAD EN EL AULA	95
Pensar creativamente	99
Métodos, momentos, posibilidades	101
Construir juntos	107
6. CAMINOS DE LA GEOGRAFÍA INTERIOR: UN BREVE RECORRIDO	110
El cuerpo	111
La palabra	113
El diálogo	116
La palabra que leemos	116

La escritura	117
Los nuevos lenguajes	118
Mitos y relatos	118
La palabra degradada	119
El silencio	120
Las relaciones	121
El arte y la estética	124
Los símbolos	125
La literatura	126
La música	127
Las imágenes	128
La ciencia	130
La naturaleza	131
El ocio, el deporte y el juego	133
La búsqueda del sentido	134
La religión y la espiritualidad	134
La filosofía y el conocimiento	136
La psicología	138
Las «nuevas búsquedas»	140
La exterioridad	142
Coda: el tiempo y el <i>tempo</i>	143
7. CONCLUSIONES	145
LECTURAS	150
Sobre la interioridad	150
Sobre los educadores	151
Sobre los niños y los jóvenes	152
Sobre la interioridad en los diversos ámbitos	152
Corporeidad	152
Palabra	153
Arte	154
Silencio	154

Relación	154
Ciencia	154
Las búsquedas del sentido	155
La exterioridad	156

Colección Educar

Carta a una maestra, ALUMNOS DE LA ESCUELA DE BARBIANA
(7ª ed.)

La autoestima del profesor, Franco VOLI

La motivación en el aula, Jesús ALONSO TAPIA y Enrique
CATURLA FITA

La estimativa moral. Propuestas para la educación ética,
Marciano VIDAL

Escuchar el mundo, oír a Dios, José Luis CORZO (dir.)

La educación en valores, Abilio DE GREGORIO, Javier ELZO,
Pilar FERREIRÓS, Pio LAGHI y Ramón PÉREZ JUSTE (4ª ed.)

Pedagogía del sentido, Francesc TORRALBA (2ª ed.)

Desafíos para recrear la escuela, José María MARDONES
(2ª ed.)

Ética y voluntariado, Agustín DOMINGO MORATALLA (2ª ed.)

La relación profesor-alumno en el aula, Pedro MORALES
(3ª ed.)

Los derechos humanos en la situación actual del mundo,
Carmelo GARCÍA

Reinventar la solidaridad, Luis ARANGUREN GONZALO

Televisión y familia. Un reto educativo, Luis Fernando
VÍLCHEZ

La educación en la familia y en la escuela, Jaume SARRA-
MONA I LÓPEZ (2ª ed.)

La enseñanza de la religión, una propuesta de vida, COMI-
SIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA

Educarnos con la actualidad, José Luis CORZO

Educar en positivo para un mundo en cambio, Mercedes
MUÑOZ-REPISO IZAGUIRRE

- La escuela tiene la palabra**, Luis NÚÑEZ CUBERO (2ª ed.)
Guardianes de sueños. Educadores en la era de la informática, Juan E. VECCHI
- Cartografía del voluntariado**, Luis ARANGUREN GONZALO
Calidad educativa y justicia social, Agustín DOMINGO MORATALLA
- El silencio: un reto educativo**, Francesc TORRALBA
¿Es posible otro mundo? Educar después del once se septiembre, Francesc TORRALBA
- Enseñanza de la religión y Ley de Calidad**, Carlos ESTEBAN GARCÉS
- Educación y educadores**, Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL (3ª ed.)
- La apasionante aventura de la educación**, José Luis ROZALÉN MEDINA
- Sentirse bien en el aula**, Franco VOLI (2ª ed.)
Fragilidad y plenitud, Carme AGUSTÍ I BARRI
Diez valores éticos, Joan BESTARD (2ª ed.)
Educar la inteligencia emocional en el aula,
Domingo J. GALLEGO GIL y María José GALLEGO ALARCÓN
- Obediencia y desobediencia en la educación**, Inmaculada FERNÁNDEZ-QUERO
- La defensa de la libertad en la era de la comunicación**, Alfonso LÓPEZ QUINTÁS
- Educar preguntando**, Pedro ORTEGA CAMPOS
Construyendo puentes: claves de colaboración escuela-familia ante los problemas de conducta, Virginia CAGIGAL DE GREGORIO (comp.) (2ª ed.)
- Curiosidad y placer de aprender. El papel de la curiosidad en el aprendizaje creativo**, Hugo ASSMANN
- El civismo planetario explicado a mis hijos**, Francesc TORRALBA

- Pedagogía del amor. Las historias universales y los valores de las nuevas generaciones**, Gabriel CHALITA
- El profesor como formador moral. La relevancia formativa del ejemplo**, José PENALVA
- Educar a los hijos con inteligencia emocional**, María José GALLEGO (2ª ed.)
- Ciudadanía, religión y educación moral**, Agustín DOMINGO MORATALLA (ed.)
- Ser cristiano en la plaza pública**, José María MARDONES
- El aprendizaje cooperativo**, Leonor PRIETO NAVARRO (3ª ed.)
- Llamada y proyecto de vida**, Xosé Manuel DOMÍNGUEZ PRIETO (2ª ed.)
- El espíritu del educador**, Gustavo J. MAGDALENA
- Jesucristo falta a clase**, José Luis CORZO
- El arte de ser abuelos**, Franco VOLI
- Competentes, conscientes, compasivos y comprometidos**, Josep M. MARGENAT
- ¿Crecer sin Dios? La experiencia de Dios a lo largo de la vida**, Karl Ernst NIPKOW
- La formación espiritual y religiosa durante los primeros años**, María José FIGUEROA ÍÑIGUEZ
- Virtudes para convivir**, Xabier ETXEBERRIA
- El profesor cristiano: identidad y misión**, Xosé Manuel DOMÍNGUEZ PRIETO (3ª ed.)
- La educación (com)partida**, Luis Fernando VÍLCHEZ
- Religión para pequeños. Didáctica de Infantil**, María Eugenia GÓMEZ SIERRA
- El aprendizaje-servicio en España: el contagio de una revolución pedagógica necesaria**, Roser BATLLE SUÑER
- Gestionar para educar**, Javier CORTÉS, SORIANO y Jesús Ángel VIGUERA LLORENTE
- Don Milani: la palabra a los últimos**, José Luis CORZO

Adolescencia: espacio para la fe, María Eugenia GÓMEZ

SIERRA

Generación Y, José María BAUTISTA

Cronos va a mi clase, Carmen GUAITA

Urge una escuela para la paz, Ernesto BALDUCCI

La Escuela católica, Javier CORTÉS